

Recordar, compartir, aprender

## Lleida

Pepita Labrador Ribes, 82 años

Marta Miquel Baldellou, 29 años

## JUEGOS DE GUERRA

*Cuando la guerra civil estalló y los primeros bombardeos cayeron sobre la ciudad de Lleida, Pepita Labrador contaba con tan sólo nueve años y leía la crudeza de aquel periodo histórico a través de sus ojos de niña. No fue hasta más tarde que Pepita comprendió la gravedad de aquellos hechos y cómo cambiarían su vida.*

Tres aviones de papel

1937. El bombardeo en Lleida, un golpe más del frente nacional.

Aquella mañana Pepita atendía a las normas ortográficas que la maestra recitaba y reseguía ante la pizarra. Los movimientos lentos y pausados de aquella mujer hacían hincapié en cada una de las palabras que pronunciaba, instando a repetir con una mano, mientras iba deslizándose con pasos acompasados. Casi parecía que bailaba. Era el vals de las letras. Del fondo mortecino de la pizarra surgía un continuo repertorio de tildes y vocablos, de reglas y piruetas silábicas, llevando a Pepita a un estado entre la sorpresa y el sopor, como un reflejo de aquella mañana, entre la atmósfera ensoñadora de la neblina y el despabilado frío del más gélido de los inviernos leridanos.

La voz de la maestra, algo apagada aquel día, se volvía cada vez más lejana, ensordecida, llevándolos al letargo, como cuando la locomotora chirriaba a lo lejos desde la estación. Fue entonces cuando su voz se apagó ante tres aviones de papel, alineados y de nariz rubicunda, que aleteaban más allá de los cristales de la ventana. Pepita los divisó al instante. No hubiese sido nada sorprendente tratándose de un viernes en clase de gramática. Sin embargo, esta vez revoloteaban a lo lejos en el cielo y sus alas parecían metálicas, refulgiendo entre destellos plateados. Pepita observaba cómo los aviones de papel se acercaban en perfecta formación de tres mientras dejaban caer una retahíla de esferas negras. Calladas, las reglas de la gramática española centelleaban en la sombría pizarra. No fue hasta más tarde que Pepita comprendió que aquellas esferas negras, caídas del cielo, también dictarían los compases de nuestra historia.

Vamos de paseo en el coche de papá.

Desplazamientos a las zonas rurales desde las urbes por falta de alimentos.

Para Pepita y su familia llegó el momento de irse de excursión. Con tan sólo nueve años, dejaba atrás las clases con la maestra y las comidas, el pan con patata asada y las guerras de garbanzos que siempre iban a parar al lugar menos indicado y le valían un buen escarmiento. Su madre le había explicado que se iban a vivir a Solsona. Allí jugaría a otro tipo de juegos, con otros niños, aunque lejos de casa y en un lugar desconocido. Menuda aventura.

Al papá de Pepita últimamente se le acercaban muchas nuevas amistades. Era de los pocos que tenía coche y eso hacía que la gente lo viera de otra manera. A veces transportaba alimentos para unos señores con un uniforme que les confería un aspecto inquietante. Otras veces, con especial sigilo, éste repartía unos folletos para otros señores que a Pepita siempre le recordaban a las clases de dibujo, porque la gente los conocía por un color llamativo que era su favorito, el rojo. Se le hacía difícil entender por qué unos y otros no podían ni verse. Pese a todo, aquel día el coche de papá transportaría a sus padres, a Pepita y a sus hermanos a un pueblecito de la montaña. Según decía su papá, en el campo, les resultaría fácil encontrar leche para su hermanito

Recordar, compartir, aprender

pequeño y no les faltaría de nada. Sin embargo, ya nada volvería a ser igual.

Los habitantes de la paja.

Se calcula que millares de desertores se esconden en el Pirineo leridano.

Para Pepita, aquel caserón de piedra, de una apariencia un tanto lúgubre, era el más grande que jamás había visto. Tenía numerosas habitaciones distribuidas en cuatro plantas si contaban el desván y el pajar. A Pepita todo le parecía muy divertido. No tenía que ir a la escuela, había hecho nuevos amigos y podían pasarse todo el día jugando, exceptuando el mayor, que cada día tenía que ir a pasturar las vacas. Aunque lo mejor estaba por llegar.

Una noche Pepita bajó al pajar. No podía dormir y necesitaba ir al retrete. Sigilosamente se deslizó por las escaleras hasta llegar a su particular cuarto de los juegos, el pajar, un sitio tranquilo donde disfrutaba de sus recreos. Para su sorpresa, reparó en que de la paja emergían decenas de nuevos habitantes que se acomodaban sobre los tabloneros, mientras se servían de las bandejas que la señora de la casa depositaba cada noche sobre las camas de paja. Pepita procuró esconderse para que no la vieran, pero ya era demasiado tarde. Los habitantes de la paja la habían descubierto del mismo modo que ella se había percatado de su presencia. Se trataba de los habitantes de la paja, que sólo se hacían visibles durante la noche. La paja les infundía el poder de hacerse visibles e invisibles según era su deseo. Pepita, por fin tenía un secreto y, a partir de aquella noche, hizo decenas de nuevos amigos con poderes mágicos a los que visitaba cuando no podía dormir.

La cesta de los mensajes secretos

Las cartas de los prisioneros pasan un riguroso control de censura para evitar amenazas contra el régimen.

Tras una jornada intensa de juegos, Pepita llegó a la casa para tomar su pan con chocolate de todos los días. Para su sorpresa, su madre se acercó a ella con la expresión un tanto seria para explicarle que su padre viviría en otra casa durante algún tiempo. Desde aquel momento la vida de Pepita cambió. Ya no podía pasarse el día jugando, ya que cada mañana ayudaba a su madre a llenar una cesta con comida que debía llevar a la nueva casa de su padre. Esta casa era mucho más grande y siniestra que su casa de campo. Estaba repleta de hombres con uniforme y rodeada de unos hilos negros ondulados que se enzarzaban sobre unos postes de madera. Pepita no entendía como su padre había transportado comida para estos señores si después era ella quien tenía que traerle la comida a su padre. Sin embargo, gracias a ello, había aprendido un nuevo juego. Su madre le decía que la cesta nunca estaba completa sin un mensaje secreto. En un trocito de papel, Pepita repasaba su caligrafía escribiendo notitas a su padre. Una vez escritas, enrollaba el papel hasta que se volvía tan pequeño que lo podía introducir por uno de los orificios del salero. El padre de Pepita sabía que no había guiso sin sal ni cesta sin mensaje de su niña.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Pepita Labrador Ribes es una mujer de 82 años, nacida en Lleida, aunque pasó parte de su vida en Terrassa, donde actualmente reside la mayor parte de su familia. Vive sola en un piso céntrico de la ciudad de Lleida. Le gusta vivir sola para poder hacer todo aquello que ella quiere. Sin embargo, es una mujer muy sociable y activa, dispuesta a explicar muchas historias siempre que haya alguien a quien interese escucharlas. Es habladora y desinhibida, le gusta tener una buena apariencia y tiene muchas inquietudes y un gran deseo por aprender nuevas cosas. Casi cada día tiene una actividad u otra que hacer. Algunos días hace clases de pintura; otros, de informática e incluso se atreve con el tai-chi. Muchas veces también asiste al local social de la calle Bonaire de Lleida, donde conoce a varias personas de su edad y comparte un buen rato con ellas.

Pese a su independencia y sus actividades diarias, Pepita es una enamorada de su familia, especialmente,

